

Español 254

Prof. Cortés-Conde

14 de noviembre

De engaños y valores olvidados

En las dos obras de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, y *El Retablo de las Maravillas* por Miguel de Cervantes, los personajes principales engañan a otros personajes del cuento. En *El Retablo*, Chanfalla y Chirinos decepcionan a los villanos hasta que los villanos mismos creen en la mentira, convirtiéndola en una realidad construida. Lazarillo y el ciego se engañan uno al otro y a la comunidad a la que “sirven”. Los trucos en las obras tienen la misma función: exponer algún aspecto negativo de la sociedad; no obstante, lo que revelan es diferente. Voy a demostrar que a través de los engaños, los autores critican valores importantes de la sociedad en que viven—la pureza de sangre en la obra de Cervantes y el materialismo prevalente en la época del *Lazarillo*.

El autor de *Lazarillo de Tormes* percibe que la sociedad ha perdido sus valores y dirección moral: la gente no se arrepiente cuando saben que ha “pecado” y es demasiado materialista. El primer ejemplo que engloba estas ideas es cuando la madre de Lazarillo lo entrega al ciego. Después de la muerte de su padre, su madre “determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos” (109). El doble sentido de “los buenos” destaca el cambio del valor espiritual a uno más material: “los buenos” puede significar bueno moralmente y religiosamente. Sin embargo, aquí la madre implica “buenos” en el sentido de los que pueden proveer para si mismos y quizá

tener algo de sobra. Se sabe esto porque el autor indica que ella lavaba la ropa para personas dependientes del Comendador de Magdalena, una persona importante de nivel alto de la sociedad (109); además cocinaba para estudiantes, quienes tienen el potencial de ser “buenos” en este sentido material (109), mostrando su tendencia a “arrimarse” a la gente con un estatus más alto que el suyo y con más oportunidades y dinero. Entonces el ciego viene y promete que “recibía [a Lázaro] no por mozo, sino por hijo” (110), pero esta es una mentira, porque a lo largo del resto del cuento, Lazarillo describe que siempre está muriéndose de hambre.

Como la madre de Lazarillo se preocupa por el dinero y lo material, la sociedad en *El Retablo de Maravillas* se preocupa por la pureza de sangre y el linaje legítimo de las personas. Chanfalla y Chirinos, los pícaros de la obra, montan una obra de teatro especial para unos villanos importantes, como el Gobernador, el alcalde Benito Repollo, el regidor Juan Castrado y el escribano Pedro Capacho. Es un espectáculo especial porque Chanfalla y Chirinos afirman que nadie “que tenga alguna raza de confeso [linaje judío o moro], o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio” (129) podrá ver las “maravillas” compuestas por el “sabio Tontonelo” (129). Cervantes se burla de esta preocupación con el nombre del dramaturgo, Tontonelo, un juego de palabras con “tonto”, indicando que los que creen en el espectáculo son, como el dramaturgo, “tontos”. Sin embargo, la audiencia dentro de la obra no nota esto y la proclamación de que si no ve algo, no tiene la sangre pura, agita a los lugareños. Teresa Repolla, labradora, está particularmente preocupada, exclamando a Juana Castrada que, “¡Tan cierto tuviera yo el cielo como tengo cierto ver todo aquello que el Retablo mostrare! ¡Por el siglo de mi madre, que

me sacase los mismos ojos de mi cara, si alguna desgracia me aconteciese!" (132). El pánico que ella muestra es sentido por todos los otros miembros de la audiencia.

El pánico por ser considerado "legítimo" empieza a construir la realidad imaginada de la existencia de las maravillas que no existen. Esta realidad imaginada comienza con Benito, quien exclama, "¡Téngase, cuerpo de tal conmigo!" (133) mientras Chanfalla describe la primera maravilla, el cuento de Sansón. Capacho, el escribano, intenta descubrir si Benito dice la verdad, preguntando a Castrado si ha visto algo; Castrado responde que no estaba mirando en esa dirección y por eso no lo vio, "¿Tengo yo los ojos en el colodrillo?" (133). Después de escuchar esto, el Gobernador dice que ve a Sansón, "pues en verdad que [se tiene] por legítimo y cristiano viejo" (133); proclama esto para probar que merece su título y posición social. No obstante, en un aparte cercano, se revela que este pánico de la pureza de sangre lleva al Gobernador a mentir y engañar a los otros; él confiesa que realmente no ve nada, pero ha dicho que sí "por la negra honrilla" (134).

Como Chanfalla y Chirinos utilizan su oficio de "actores" para engañar a los lugareños, el ciego utiliza su oficio como mendigo para engañar al público continuamente. Lázaro describe cómo el ciego reza, pareciendo muy humilde, y que "allende de esto tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero" (111). El ciego pretendía saber oraciones para todo tipo de personas, "mujeres que no parían, para las que estaban en parto, que los maridos quisiesen bien..." (111). Como mendigo oficial, él recibía dinero de la gente para rezar por ellos para que tuvieran una vida mejor y sus problemas se resolvieran. Lázaro dice que el ciego tenía muchas seguidoras femeninas; "de éstas sacaba él grandes provechos con las artes

que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año” (112). El ciego, que como mendigo religioso debe ser honesto y humilde, engañaba a pobres mujeres que buscaban una solución a sus problemas. Inventaba oraciones para conseguir su dinero. Obviamente el ciego sólo busca un fin material, pero las acciones de las seguidoras también muestra el materialismo de la sociedad: ellas usan el dinero para mejorar su relación con Dios. El engaño solo funciona porque la gente tiene “pánico”, como en la sociedad de *El Retablo*, con la preocupación de parecer “bueno”, y estar un poco más cercano al cielo. Exponiendo el sistema de mendigos de tal manera, el autor también critica el sistema eclesiástico vuelto materialista. Todo se centra en las transacciones, con otra gente como el ciego, y con Dios mismo, cuando el ciego reza por ellos para que sus problemas se resuelvan.

El último engaño en *Lazarillo de Tormes* es del ciego y Lazarillo; el ciego maltrata a Lázaro para ‘enseñarle’, empezando cuando golpeó la cabeza del mozo contra el toro, diciéndole, “Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo” (111). Cuando le toca el turno, Lazarillo se siente validado en su venganza. El ciego esconde la comida que recibe como limosnas, cerrándola en un fardel de lienzo con una argolla de hierro. Entonces, Lazarillo se siente justificado tomando comida cuando puede. Él toma la longaniza entera (116), come las uvas de tres en tres en vez de ajustarse al ciego con sólo dos en dos (115). Aunque sea verdad que Lazarillo debe conseguir comida cuando puede para evitar morir de hambre, la manera en que la toma indica algo más que simplemente remediar el mal que ha hecho el ciego al negarle comida: su actitud es verdaderamente venganza. Lazarillo sabe que ha hecho mal, pero niega su responsabilidad, diciendo que el

ciego lo engaña siempre y lo pinta de negro; “mas también quiero que sepa Vuestra Merced que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi, tanto que me mataba a mí de hambre, y así no me demediaba de lo necesario” (112). Esta negación de responsabilidad y culpabilidad muestra cuánto los valores de la sociedad se han deteriorado para el autor; la gente ni sigue los valores morales, ni le importa no seguirlos. No sienten la necesidad de arrepentirse, como Lazarillo y el ciego, quienes siguen engañando a la gente.

La sociedad de Lazarillo ha cambiado a una sin escrúpulos, y la sociedad creada por Cervantes cambia también, pero los personajes mismos no cambian. La realidad imaginada creada por la colectividad de la audiencia resulta ser tan fuerte que cuando Furrier llega a informarle al Gobernador de algo del ejército, los lugareños se burlan de él; Benito repite “de ellos es, de ellos es” (137), indicando que ni es legítimo ni viejo cristiano porque no puede ver las maravillas presentadas. Furrier se va deshonrado y confuso. Esto justifica el engaño; la audiencia se burla de la situación, cuando en realidad, la obsesión sobre la pureza de sangre es la misma cosa, una realidad imaginada, pero con consecuencias sociales muy reales porque la gente legitima la idea.

La realidad colectiva de *El Retablo de las Maravillas* fue creada por la obsesión de la sociedad con el valor de la pureza de sangre. Cervantes usa el engaño de Chanfalla y Chirinos para demostrar la obsesión. Sin embargo, es la revelación del engaño del Gobernador a la audiencia que muestra que aunque no todos crean en la realidad, saben que tendrá consecuencias reales y deben fingir. La mirada crítica, pintando el valor de la pureza de linaje y sangre como obsesión, implica que

Cervantes no está de acuerdo con ese valor. Además, todas las escenas usadas de la Biblia en el Retablo son del testamento viejo, la única parte aceptada por los judíos, el grupo de que la gente se está tratando de alejar. El autor de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* usa los engaños de Lazarillo y el ciego para demostrar la corrupción que ha permeado a la sociedad. Ésta, que debe ser piadosa y respetuosa de la espiritualidad, la ha convertido en un sistema de transacciones para garantizar un lugar en el cielo con “‘las indulgencias’”. Se busca una vida mejor en la tierra ahora, con prácticas como pagar a un mendigo para que rece por uno. Los engaños revelan una mirada crítica de ambos autores sobre las prácticas de esas sociedades, implicando que éstas deben recordar sus valores morales y espirituales, y cambiar.